

pero usted puede contestar á esos maliciosos, que no deja de tener su pizca de gracia, pimienta y novedad, de la que hoy tanto se busca, esto de consentir que un BURGUÉS, como yo lo soy de fijo, escriba las primeras páginas de un volumen en que tan mal parados vemos á los burgueses. Acredita usted, publicando estos renglones míos, que sabe practicar el dogma de la tolerancia, que predicamos todos; que lleva tan lejos su noble sincretismo literario, que hasta sabe guardar consideración y respeto á los caducos defensores de clásicas manías, que ni creen en Max Nordau, ni en toda la luz que viene del Norte, ni en ninguno de los genios que pululan entre la juventud literaria francesa.

Y en último caso, aun publicando mi prólogo, puede usted hacerse cargo de que ya tengo cuarenta años muy cumplidos, y pensar que, según ciertas palabras del *Fausto*, « nada hay bueno para el hombre ya maduro, pero se puede contar con el aplauso del neófito ».

CLARÍN.

## EL REGRESO FATAL

# ALMAS Y CEREBROS

---

## EL REGRESO FATAL

### I

Después de haber vacilado durante toda una semana, Mauricio se decidió, una noche de ocio y de melancolía, á hacer lo que él llamaba « una obra de caridad amorosa ».

— ¡ Pobres muchachos — se dijo á sí mismo, — es necesario ser bueno con ellos!

Y comenzó á buscar, en el fondo de un cofrecillo de marfil, relicario galante y perfumado, las cartas que Luisa le había escrito en otro tiempo, antes de que él conociese á Marcela, antes de que ella hubiera cenado con Raúl, hacia ya muchos meses, muchos meses... casi un año. Todas estaban allí — ¡ las pobres cartas! — atadas con una cinta verde, exhalingo un aroma de rosas marchitas y de besos muertos.

... Verdaderamente no valía la pena de que ese

tonto de Raul se desesperase por diez ó doce pedazos de papel que nunca valdrían nada!

Mauricio cogió el paquete, se lo metió en la faltriquera del gabán, y bajó, sonriente y ligero, á la puerta de su hotel en donde el carruaje le esperaba desde hacía media hora.

## II

Al verse, de nuevo, camino de la casa de Luisa, en su mismo *coupé* de siempre, á la misma hora de antaño, Mauricio experimentó una sensación rara, algo que era al mismo tiempo curiosidad maliciosa y tristeza vaga.

¿Qué iba á decir ella al verle llegar?... ¿Lloraría?... ¿Estaría más guapa?... ¿Habría engordado?... ¿Sería desdenosa, ó indiferente?... No; indiferente no; su amor había sido demasiado intenso, demasiado sincero, para desaparecer por completo y sin dejar, en el fondo de ese corazón todo fuego un año antes, lo que el pueblo suele llamar rescoldo.

Sin embargo él también la había querido mucho durante seis meses y luego la había olvidado casi por completo hasta el punto de no pensar en ella sino cuando verdaderamente no tenía otra cosa en qué pensar ó cuando estaba enfermo y solo. Pero las mu-

jerer olvidan con menos facilidad que los hombres... Y además él tenía mil preocupaciones y mil quehaceres, mientras ella, retraída y enfermiza, apenas salía de su casa...

Él tenía, asimismo, la excusa de Marcela — Marcela, la bella Marcela, la más graciosa actriz de Francia — en tanto que ella estaba reducida á la adoración insípida de Raúl, un pobre muchacho cuya felicidad de pueblo dichoso no podía consistir sino en la carencia de historia galante.

— ¡Vaya un necio!...

Mauricio soñaba en voz alta :

— ... ¡Ese sí que merece su suerte... Porque llamarse Raul de la Siserane, ser sobrino del conde de Labadi, poseer cien mil escudos de renta y querer casarse con una chica que no tiene más gracia que la de estar tísica ó la de haber sido alumna de muchos profesores de amor...! Y lo curioso es que ese necio ni siquiera está loco : habla lo mismo que todo el mundo, y viene al Club, y hace grandes negocios, y gana cuando juega. Anoche mismo, al encontrarnos en la Ópera, yo creí que iba á recordarme impertinentemente mi promesa de devolver las cartas á Luisa; pero, al contrario, vino á sentarse á mi lado y durante media hora de amable charla no me hizo la menor indicación sobre el asunto. Esos niños degenerados que descienden en línea recta de los

caballeros de Malta, no pierden nunca la razón y todo lo hacen metódicamente, burguesamente, por sana y paradógica debilidad mental... Así, puesto que Luisa no quiere casarse con los cien mil francos anuales mientras yo no le haya devuelto sus cartas, lo mejor sería no devolvérselas. Lo mejor para él. Mas yo prefiero serle útil á ella que al fin y al cabo supo quererme tanto, con tanto ardor, y que quizás más adelante, cuando Marcela...

La voz del lacayo que abrió la portezuela diciendo : « el señor ha llegado », interrumpió su monólogo.

### III

Antes de llamar á la puerta de bronce que dá acceso al jardín, Mauricio se detuvo para ver si las cartas estaban realmente en su bolsillo. En seguida arreglóse el nudo de la corbata y se sacudió nerviosamente el frac, como un estudiante que va á una cita. Las palmas de las manos se le habían humedecido.

Á lo lejos un reloj dió las nueve.

— ¿Nada más que las nueve?... Demasiado temprano... Luisa podía estar aún en el comedor. Era necesario esperar algunos minutos, un cuarto de hora por lo menos, mientras llegaba el momento de

las visitas, de todas las visitas... Porque ahora él ya no era, en aquella casa que antes había sido suya, sino un amigo vulgar, un amigo como otro cualquiera, sin más derechos que el barón de X... y sin sin más deberes que los marqueses de H...

La idea de que podía ser casi un extraño en aquel sitio, obsedía á Mauricio. Por primera vez en la vida, su imaginación exaltada le hizo ver los mil aspectos tristes de la existencia amorosa : — « Así, pues, dos corazones llegaban á desconocerse después de haber sido un solo corazón? Y eso sin motivo, sin pretexto, casi sin cansancio, porque sí... Y Marcela también le olvidaría, mañana, como las otras?... Y una noche, de repente, cuando su cabeza comenzara á despoblarse ó á cubrirse de hebras blancas, todas las realidades actuales se convertirían en dédalo lamentable de recuerdos... »

Una curiosidad psicológica le hizo sonreír : ¿Cuál iba á ser, más tarde, ¡oh mucho más tarde!, en la vejez, su mejor recuerdo de amor? ¿Julia, la nieta del caballero de Drumond? ¿Ó Ester, la linda Ester, siempre fresca y siempre alegre? ¿Ó la pálida Luisa? No; más bien Marcela, la musa moderna, la esbelta, la pecadora de formas impecables!... Sus labios repetían el nombre de Marcela; pero en el fondo de su alma, una imagen muy menuda y muy blanca, un Tanagrás casi místico, persistía...

## IV

Mauricio entró en el salón, y mientras el criado iba á anunciarle, examinó minuciosamente lo que veía en su derredor. Nada había cambiado allí, ni los muebles, ni los tapices, ni los cuadros, ni las grandes lámparas veladas por inmensas pantallas de colores desfallecientes, ni siquiera el perfume, ese perfume indefinible, vaporoso, exótico, penetrante. Hasta las flores que llenaban los búcaros de la chimenea, parecían las mismas que un año antes.

Mauricio sintió, en el fondo de su ser, un soplo muy ardiente y muy triste, algo como una onda de suspiros incompletos, tal vez un germen de nostalgia.

Luisa entró, al fin, envuelta en un peinador de seda blanca.

Ella tampoco había cambiado : el mismo talle frágil, la misma cabellera rubia, amplia, profunda ; la misma tez enfermiza y casi transparente de nácar mate ; los mismos ojos oscuros, acentuados, casi hundidos por las grandes ojeras azules, y sobre todo las mismas manos adorables de princesa de cuento fantástico, manos diminutas, largas, afiladas, inverosímiles de gracia y de fineza...

— Te esperaba — dijo al entrar.

Y como si apenas hiciese una semana que no veía á su amante de antaño, continuó :

— ¿Qué has hecho? ¿Por qué no has venido?

Mauricio no sabía qué responder. El tono amistoso y la sonrisa familiar de su antigua novia, le desconcertaban de un modo extraño. Él hubiera querido entregarla sus cartas y marcharse sin pronunciar una palabra. Pero imposible. Algo de misterioso, algo de sobrenatural le retenía...

## V

¿Era el perfume que todos los muebles exhalaban?... ¿ó la curiosidad malsana de volver á sentir los estremecimientos antiguos? ¿ó la belleza misma de Luisa, esa belleza de flor agonizante, casi macabra en su blancura de sudario, y sin embargo tan dulce?... Mauricio sintió que sus párpados se llenaban de lágrimas. Durante dos minutos — una eternidad en un idilio — sus labios no pudieron moverse.

Luego un miraje apareció ante su visión... Era un miraje singular, iluminado por claridades vacilantes de cirios ; embalsamado con un aroma de incienso que le subía hasta el cerebro y que formaba, ante sus ojos, una nubecilla oscura en el fondo de

la cual había una mano que le decía adiós, una mano sin rencor, una mano que se iba después de haberle llamado, que se iba poco á poco, evaporándose lentamente...

No pudo más. Comenzó á hablar. Y comprendiendo apenas el verdadero sentido de lo que decía, obediendo á un sentimiento secreto; con un impulso nunca sentido, en voz muy queda, bajando la vista:

— ¡Perdóname! — dijo — ¡perdóname! he sido un necio y he sido un vanidoso: te he hecho sufrir; he desconocido tu belleza... Perdóname porque la culpa inmensa de mi orgullo no es toda mía y aun, en realidad, casi no es mía sino de la vida misma, de la luz de los salones que me impedía ver el fondo de mi alma, del ruido de los bailes que ahogaba la voz de mi corazón; perdóname porque ahora que en el silencio de tu existencia me he oído y que en la penumbra de tu mirada me he visto, comprendo que valgo menos que tú, menos que los demás, menos que todos!...

Mientras Mauricio hablaba, Luisa se había puesto de pie; y con los labios entreabiertos, secos, palpitantes; con las pupilas errantes; en una actitud hierática é inmóvil, parecía escuchar algo de terrible y de lejano.

Mauricio prosiguió:

— En el fondo yo no he sido sino un juguete ele-

gante de la Fatalidad. No he sido cruel puesto que nunca supe lo que era la crueldad; no he sido perjuro porque siempre ignoré la grandeza solemne del juramento... He sido un Fauno de lujo, inconsciente é irresponsable... Pero hoy me siento capaz de recomenzar mi vida, de hacer una gran experiencia, de alejarme del Egoísmo, de consagrarme al verdadero amor, á tu amor, Luisa, mi Luisa; y de adorarte de nuevo... de seguir adorándote, de ser tuyo y de hacerte mía... Dime que sí... dime algo... dime que me perdonas, que me das permiso para ser tu esclavo...

— ¡No! — respondió la sombra pálida.

— ¿No? ¿no me crees?... Entonces déjame probarte que ya no soy el mismo, que he variado, que soy otro y que te comprendo. Déjame ser te fiel durante un año, antes de permitirme que me arrodille á tus pies para recibir una caricia; déjame esperar, déjame vivir... un mes... un año... cinco años... toda la existencia...

— ¡No! ¡no!

— Lo comprendo, Luisa: es porque quieres al otro, á Raúl, al buen enamorado que supo conocerte desde luego y que te sirve de enfermero para vendar las heridas de tu alma... ¿No es verdad que es por eso?...

— Vete; no me atormentes; no vuelvas nunca.

— ¿Que me marche? ¿Quiéres que me marche?

— Sí; vete; márchate.

— Porque quieres al otro, porque le adoras... ¿no es cierto?

— Márchate.

— Dime que le quieres.

— Sí, pero márchate; no me hagas sufrir... sí...

Automáticamente, como movido por un resorte de vanidad ultrajada, Mauricio se dirigió hacia la puerta del salón y la abrió con un movimiento brusco. Al volverla á cerrar detrás de sí, oyó el ruido seco, el golpe mortal de un cuerpo que se desplomaba... Y sin darse cuenta de lo que hacía, tembloroso, desencajado, vacilante, con las manos crispadas y la frente cubierta de sudor frío, salió huyendo...

## LA CABELLERA DE CLEOPATRA

## LA CABALLERA DE CLEOPATRA

A D. J.-M. Herrera Irigoyen.

### I

Teodoro, el viejo poeta desconocido, tenía la costumbre de detenerse, cuando iba á la Biblioteca, ante todos los escaparates de la calle de Nuestro Señor.

Primero visitaba las vidrieras del librero: veía los libros nuevos; enterneciase ante las ediciones raras; escogía idealmente el sitio en el cual su gran poema sobre la belleza antigua, su *Cleopatra Victrix*, había de ser expuesto más tarde, cuando estuviese impreso... ¿cuándo estaría impreso su poema?... « Los editores modernos carecen de gusto y de talento »... Hachette no aceptaba versos de nadie, Quintín se había reído de su estilo; los demás no querían ni aun tomarse la molestia de recibirle...

Luego echaba una ojeada á los bronceos del anticuario: bronceos en general sin ningún mérito; inmenso montón de figurinas de principios de siglo,



con grandes pretensiones de clasicismo, todas envueltas en peplos, todas calzadas con sandalias y todas brutales en la delicadeza falsa de sus proporciones. Sólo diez ó doce canéforas de Tanagras, imitaciones también, pero artísticas, menudas, esbeltas, parecíanle dignas de ser contempladas con agrado. Si hubiese tenido dinero, las habría comprado todas para colocarlas en su mesa de trabajo alineadas en falanje muda y evocadora... Ya las compraría más adelante, cuando un editor imprimiese su poema...

En seguida pasaba en revista los muebles del ebanista, los diamantes del joyero, los retratos del fotógrafo y hasta las pelucas del barbero.

Por fin, al dar las nueve, las nueve en punto, apresuraba el paso; y un cuarto de hora más tarde hacía su entrada en el salón público de lectura, donde reunía los documentos necesarios para terminar su nuevo libro, *La Evolución Psicológica del Beso*.

## II

Teodoro Sylarus era lo que en francés se llama *un raté*; pero era un *raté* sin bilis y sin rencores. Cuando por casualidad uno de sus antiguos compañeros de estudios conseguía hacerse célebre en el mundo de las letras, el pobre autor de *Cleopatra Vic-*

*trix*, lejos de sentir las punzadas de la envidia, alegrábase sinceramente, y desde el fondo de su corazón celebraba el triunfo ajeno con verdadero entusiasmo. Jamás una queja contra los hombres; jamás el menor deseo de obtener el puesto de un camarada. ¿Que los otros lograban fama y dinero? Pues mejor que mejor. Él también lo lograría...

Los únicos seres humanos que le inspiraban alguna antipatía, eran los editores.

— Los editores de nuestra época — solía decir — son peores que los de antaño ó por lo menos son diferentes. En otro tiempo el hombre consagrado á imprimir, por su cuenta, libros ajenos, era un verdadero diletante que leía concienzudamente los manuscritos y que sabía comprender lo que leía. Hoy el editor es un mercader de éxitos que por nada del mundo lee dos versos de un autor desconocido y que reduce su sacerdocio á pedir novelas ó poemas á los que ya han hecho por lo menos un escándalo en la prensa. — Por mi parte yo no haré nunca escándalo ninguno; pero seguiré buscando con paciencia al librero que debe darme á conocer; le encontraré; ¿por qué no he de encontrarle?

Y sin perder nunca las ilusiones, sin acobardarse y sin desesperar, continuaba trabajando.

Su *Cleopatra Victrix* — diez años enteros de labor — era un largo ditirambo en tercetos, en el cuál la

reina de Egipto aparecía, en toda la gloria simbólica de su belleza, como una domadora de voluntades, como una imagen de la seducción suprema é irresistible. El poeta no había querido hablar únicamente de la querida de Antonio y de César, sino de toda la belleza femenina. — Para realizar su ideal alegórico, atribuía á su Cleopatra vencedora las gracias crueles de Salomé y la divina majestad de la Venus griega. Fundidas en un sólo cuerpo de carne rubia, esas tres diosas de la voluptuosidad formaban un monstruo de belleza turbadora, lleno de hipocresía felina, de majestad perezosa y de atractivo sanguinario.

— La Trinidad del Amor — decía el poeta.

### III

En la *Evolución Psicológica del Beso*, la nota dominante era la sutileza histórica. Teodoro Silarus había estudiado todas las obras relativas al amor, desde los libros del Antiguo Testamento, hasta las conferencias de Pischaris y las novelas de los hermanos Goncourt.

— En esas obras — decía á los pocos seres caritativos que consentían en oír sus discursos — he encontrado muchas contradicciones y muchos errores.

Pischaris, por ejemplo, asegura, en su estudio leído últimamente ante la corte de Atenas, que el beso en los labios, el beso en la boca, es moderno y que fué usado por la primera vez en la escena de *Paolo y Francesca* de Dante Aligieri, poeta florentino de la Edad Media, cuando en realidad es mucho más antiguo que la Era Cristiana. El libro de Tobías en los capítulos IX y X, y el libro de Ruth en el versículo 14 del capítulo I, nos hablan ya del beso en la boca y en la barba como signo de amistad ó de amor. El origen verdadero del ósculo, se encuentra en las Santas Escrituras. El primer beso es el que, según Job, enviaban los hombres primitivos á los astros, llevándose las manos á los labios y levantándolas en seguida hacia el firmamento: *si vidi solem aut lunam et osculatum sum manum meam ore meo*. En el nuevo Testamento, San Pablo recomienda á los fieles que se saluden por medio de un ósculo: *Salutate invicem osculo sancto*; y luego establece la división cristiana de los besos, en beso del altar, de paz y de las manos ó pies; pero católicamente ya no existen sino dos de esos besos desde que el papa Inocente III se vió precisado á suprimir el segundo á causa de los abusos del clero de su época. En Grecia el beso fué un signo de simpatía corriente. En los países orientales, según lo asegura Niebuhr en la crónica de sus interesantísimos viajes, el beso

más vulgar es el que los hombres dan á las mujeres en las rodillas. En el siglo xv, en Europa, los caballeros saludaban á las damas por medio de un beso en los labios, costumbre licenciosa que hizo decir al gran Montaigne en un precioso capítulo de los *Ensayos*, que sus lindas contemporáneas eran los seres más desgraciadas del planeta cuando el hombre que las saludaba era viejo ó feo. Más tarde, este privilegio de besar bocas femeninas fué especialmente reservado á los cardenales, que tenían derecho á *saludar en los labios á la misma reina nuestra señora*. Juan Segundo, poeta latino moderno que á mediados del siglo xvi escribió en la lengua del Lacio con gracia petroniana y corrección digna de Virgilio, divide la escala del amor humano en diecinueve besos: el primero de los cuales es el de la infancia y el último el que un hombre y una mujer se dan en el lecho, después de haberse poseído. En el siglo xviii, el beso llegó á perder su carácter religioso á causa de la frivolidad libidinosa de las costumbres; y, aunque parezca extraño, el único que entonces vió en él una caricia sagrada fué Voltaire. En nuestro siglo, el ósculo ha recobrado algo de su carácter antiguo; pero mi libro se refiere sobre todo á las épocas que han caído definitivamente bajo el dominio de la ciencia histórica.

## IV

Fuera de sus labores poéticas y de sus especulaciones eruditas, Teodoro se ocupaba en dar clases de latín á las alumnas de tres ó cuatro escuelas religiosas; y lo poco que esas clases le producían, proporcionábale lo justo necesario para que su familia no se muriese de hambre.

... Porque el autor de *Cleopatra Victrix* tenía una familia: una mujer y dos hijos. Se había casado, sin saber cómo, entre dos cantos de su poema, con una modista algo marchita cuyo perfil le pareció griego una tarde de primavera. Y durante diez años de vida conyugal, no había sido ni dichoso ni desgraciado.

Lo único que á veces le parecía desagradable, era que su mujer tuviese ideas falsas sobre la educación y que en los momentos de miseria le dijese:

— Cuando los chicos estén grandes, te aseguro que les enseñaré á trabajar seriamente para que puedan entrar en el comercio.

Pero en el fondo Teodoro estaba seguro de que sus herederos se consagrarían al latín y al griego lo mismo que él; y esa seguridad le consolaba de las tonterías de su mitad.

## V

Cierta mañana, después de haber visto los eternos incunables del librero y las invariables figulinas del anticuario, una peluca le llamó la atención en el escaparate de la barbería. Era una cabellera de mujer, rubia, muy rubia, rubia oscura, rubia veneciana, con tonos de cobre pulido, sedeña, enorme, espléndida. Durante media hora sus ojos no se cansaron de admirar esa cabellera sin cabeza, que tenía, para él, algo de enigmático y que le hacía pensar vagamente en Cleopatra, en Salomé y en la decapitación de San Juan Bautista.

Al otro día casi no vió las curiosidades de las demás vidrieras, para emplear toda su hora de ocio en la contemplación casi amorosa de la peluca. Y durante varias semanas el escaparate del barbero fué para él un santuario y un lugar de peregrinación.

La gran cabellera inmóvil le atraía, le subyugaba, le obsesionaba.

Una idea quimérica se apoderó de su cerebro: ¿Cómo había podido llegar hasta allí esa divina cabellera, á través de tanto siglo, á pesar de tanto espacio? Porque esa era, no cabía duda de que era esa, la melena de la reina, la melena de Cleopatra,

la dulce melena en la cual se veían aún los reflejos metálicos de las armas, las vibraciones del amor insaciable y orgulloso, las dulzuras de la imperial esclava de Oriente, todas las gracias, en fin, todo el perfume y toda la perversidad de la antigua seductora!... Marco Antonio la había acariciado y sus dedos ardientes de amante y de guerrero habíanse hundido entre esas hebras de luz del desierto, salvajes y refinadas!... ¡Oh la divina cabellera, reliquia de amor eterno, fragmento de vida antigua, trofeo de belleza muerta!...

## VI

Con objeto de saber á punto fijo de qué color había sido la cabellera de la reina egipcia, Teodoro emprendió nuevos y profundos estudios históricos. Leyó un gran número de las comedias latinas, francesas é inglesas, citadas por Stafer en su bibliografía dramática de Cleopatra; leyó, con más atención que antes, las obras de Plutarco, las de Marmontel, las de Montreux, las de Teófilo Gautier, las de Enrique Houssaye, etc. En ninguna parte se encontraba un indicio serio que pudiese servir de prueba decisiva. Unos aseguraban que la cabellera había sido morena; otros, los más, que había sido rubia; pero nadie

apoyaba sus aserciones en documentos formales. Entonces el pobre poeta recurrió á la pintura, á los cuadros antiguos sobre todo. *La muerte de Cleopatra*, del Dominiquino; la *Cleopatra*, de Guido; *Cleopatra desembarcando en Tarsa*, de Claudio el Loreno; la *Cleopatra*, de Gerardo de Lairese; todas las imágenes de la reina que se encuentran en el Louvre ó en los museos de reproducciones, fueron examinadas por Teodoro, que, convencido al fin de que cada artista había atribuido á la real cabellera el color que mejor cuadraba con sus gustos, abandonó sus estudios y siguió creyendo que su intuición de amante ideal no le había engañado y que esa que él veía todas las mañanas en el escaparate de la calle de Nuestro Señor, era la verdadera melena cuyo perfume había deleitado á César y enloquecido á Marco Antonio.

## VI

Una tarde, al salir de la biblioteca, se encontró con uno de esos antiguos compañeros suyos que no sabían ni griego, ni hebreo, ni siquiera latín, y que sin embargo había alcanzado cierta notoriedad literaria.

— ¿Qué haces?

— Nada; siempre lo mismo : ¿y tú?

— Yo también, siempre lo mismo, siempre remando en la galera de las letras, como decía nuestro profesor de retórica. Ahora justamente acabo de ser nombrado director de *La Estrella del Siglo*, una revista que paga, chico, una *rara avis in terra* como dirías tú... Y á propósito, ¿por qué no me traes un artículo ó un cuento?

El autor de Cleopatra no escribía ni artículos, ni cuentos.

— ¿Quiéres un poema sobre la antigüedad?

— No; nada de versos : los versos no se pagan.

— Entonces un estudio psicológico é histórico sobre el beso, algo que gustará á tus lectoras; y no es largo, cuatro números, cinco á lo más... ¿te parece?

— Á mi ya lo creo que me parece; pero cuatro ó cinco números, casi un folletín... ¿cuánto quieres por tu historia?

— Lo que me des, chico; cualquier cosa; ya tú sabes que no tengo derecho á ser exigente.

— ¿Cuarenta duros?

— Sí, lo que gustes.

— Pues está hecho el trato : cuarenta duros y ven el martes; no el próximo; el otro, dentro de catorce días. Adiós.

— Adiós.

## VII

Era la primera vez que una obra suya iba á ser impresa ¡qué triunfo! y sin embargo el poeta no parecía muy satisfecho. Si hubiese sido la otra, la *Cleopatra Victrix*, su gozo no habría cabido en un pozo; pero la *Evolución*, un estudio puramente erudito... en verdad que no valía la pena.

Al volver á su casa examinó su manuscrito. El libro estaba casi concluído; apenas le faltaban los títulos de los capítulos, el índice histórico y la versión de las citas griegas y latinas. Dos semanas de labor y todo estaría listo.

Preparó, pues, sus grandes infolios de consulta; se puso los anteojos; comenzó á trabajar. Y para estar más seguro de no faltar á su palabra, decidióse á no ir á las escuelas en las cuales era profesor, hasta después de haber entregado el manuscrito.

Durante esas dos semanas de huelga, el pan no fué muy abundante en su mesa. Pero catorce días pasan pronto; y en la bohardilla del poeta todos consolaban sus apetitos pensando en que « el otro martes » no tardaría en llegar y que con ese martes llegarían los cuarenta duros y con los cuarenta duros el festín.

El martes llegó al cabo. El autor de la *Evolución*

*Psicológica del Beso* entregó su original y cobró la suma convenida, en dos billetes azules del Banco de Francia.

## VIII

¿Por qué causa al salir de la redacción de la *Estrella del Siglo*, Teodoro parecía descontento? ¿Habíanle recibido mal? ¿Le habían suplicado que cambiase algunas de sus conclusiones filosóficas para no chocar á las lectoras asustadizas? No. El descontento del poeta no tenía ninguna causa definida y más que descontento era una tristeza lejana, un malestar nervioso, una preocupación indefinible, una sed nostálgica de poesía y de pasión.

Para calmarse hubiera querido andar mucho, mucho; ir hasta el Bosque de Bolonia y volver á pie. Pero era imposible porque su mujer y sus hijos esperaban los cuarenta duros para almorzar y ya las tres de la tarde habían sonado en todos los relojes.

Por la primera vez en su vida, comprendió que el fardo de la familia le pesaba demasiado y que la tiranía burguesa de la vida material era la más terrible de las tiranías.

— En la Edad Media — pensó — las condi-

ciones de la existencia fueron menos vulgares!... ¡Quién hubiera podido nacer en la Edad Media, en tiempo de Petrarca!... Ó en la Antigüedad, en Roma, en Bizancio, en Egipto — ... en Egipto sobre todo, en la época divina en que la galera de la reina costaba las playas, al vuelo de sus inmensas velas de púrpura!... ¡Oh la reina!... Y pensar que ese bárbaro de Pascal pudo hablar de su perfil de diosa sin entusiasmo de artista, sin fervor ninguno, considerándolo únicamente como un instrumento político...

Discurriendo así, llegó á la calle de Nuestro Señor y se fué derecho al escaparate del peluquero. La melena de sus ensueños no había cambiado de sitio : Allí estaba, lo mismo que antes, más bella aún, más rubia, más provocante que nunca, con sus reflejos de bronce oscuro, brillando bajo el sol...

El pobre poeta la contempló amorosamente durante diez minutos. Luego pensó en comprarla para tener derecho á acariciarla á todas horas y no sólo con la vista sino también con las manos, lo mismo que César y Marco Antonio. — ¡Cuánto podía valer? ¡Tres, cuatro, cinco duros? Quizás diez... Pero ¿qué significaban diez duros para un hombre que tenía cuarenta?... ¡Y era tan bella, la cabellera de Cleopatra!

Entró en la tienda y preguntó el precio.

— Cuarenta duros, caballero; es una cabellera natural...

¿Cuarenta duros?... ¡Su fortuna!... No, no podía; no debía comprarla, no tenía derecho á disponer de todo su dinero, para pagar una locura, mientras su mujer y sus hijos estaban en ayunas.

El peluquero continuó :

— ... Una peluca natural, garantizada, auténtica; lo más fino que puede encontrarse; tóquela usted, parece de seda...

El poeta la tocó piadosamente. Un escalofrío diabólico sacudió todo su cuerpo. Pero no podía, no podía, no podía... su familia... el almuerzo... la cena... ¡Imposible!

— ... Se la pondré á usted en una caja; aquí la tiene usted — prosiguió el peluquero.

— ¡Imposible! — murmuró el poeta — ¡Imposible, imposible! ¡No; no; no puedo!

Pero al mismo tiempo, sin saber lo que hacía, automáticamente, visionariamente, sacó del bolsillo los dos billetes de cien francos que acababa de recibir, y los puso en el mostrador del peluquero.